

*En otra ocasión he señalado cómo los que nos incorporamos hace algún tiempo al estudio del urbanismo y de los problemas urbanos, lo hicimos bajo el signo de una generalizada conceptualización de los mismos, aceptada de modo prácticamente universal, por más que no dejase de plantear muchas dudas.*

*En ella se superponían, frecuentemente, esquemas explicativos de la naturaleza de la realidad urbana, con propuestas de formas de actuación para incidir sobre esa realidad, y con justificaciones de esa actuación. Todo ello formaba la base de la teoría urbanística tradicional, elaborada a lo largo de la primera mitad de este siglo, a costa de no pocas simplificaciones voluntaristas, de reducida base científica.*

*Así, decía yo en aquella ocasión, aprendimos que todo el despliegue de las constelaciones de ciudades jardines, de ciudades satélites, de cinturones verdes, de zonificaciones clarificadoras, de separaciones de tráfico, de unidades vecinales y de comunidades urbanas, eran fragmentos de una gran respuesta elaborada por la doctrina urbanística, a la demanda formulada por una so-*

*ciudad que se sentía amenazada en su equilibrio y buscaba remedios.*

*La industrialización había tomado por sorpresa a las ciudades y había producido graves distorsiones en sus condiciones funcionales, sociales y ecológicas. La extensión del proceso había llegado incluso a interferir negativamente con el desarrollo de la propia industrialización y había suscitado la necesidad de la intervención correctora, entendida en gran medida como previsión, a través de la formulación de planes, de leyes, de mecanismos de control, de programas, de acciones y... explicaciones.*

*Y esa intervención, lógicamente, debía ser asumida por un árbitro neutral, capaz de garantizar, mediante esos mecanismos de control, el orden urbano requerido para el bien común, por encima de los intereses privados, resolviendo al mismo tiempo los problemas que perturbasen la eficacia productiva y las condiciones de habitabilidad. Así se justificaba el papel del Estado, de la Administración en general, y la necesidad del planeamiento.*

*Pues bien, ese esquema, que ha venido utilizándose desde los ya lejanos tiempos de su formulación para explicar toda práctica urbanística, y que de hecho sigue realmente vigente en todo el mundo, está siendo sometido a análisis y contestación en los últimos diez años, desde nuevas actitudes críticas. Ello ha proporcionado nuevas claves de interpretación para comprender la ciudad, lo que en ella ocurre y lo que con ella puede hacerse, que difícilmente podrán ser ignorados en el futuro, dada la lucidez con que han permitido hacer nuevas aproximaciones al conocimiento de una realidad tan compleja y difícil de aclarar.*

*Me refiero a las últimas formulaciones de ciertos sectores europeos de pensamiento marxista,*

especialmente italianos y franceses (con la importantísima aportación de nuestro Castells), que han replanteado «la cuestión urbana» partiendo del examen del proceso completo de desarrollo del capitalismo en relación con la lectura e interpretación de los hechos urbanos.

Dentro de esta elaboración crítica, temas tales como «el uso capitalista de la ciudad», o «las formas de producción capitalista del espacio urbano», aparecen como nuevos puntos de partida para una reformulación científica, aún no conseguida, y facilitan ya las bases para convincentes explicaciones descriptivas de indudable fuerza política, cuyo riesgo es el de agotar pronto su validez a través de un uso abrumador, indiscriminadamente generalizador, y de simplificaciones propagandísticas abusivas.

En cualquier caso, la eficacia desenmascadora de estas investigaciones y la validez de su método analítico, son ya logros auténticamente positivos que, como decía antes, nadie podrá ya desconocer, cuya utilidad debe agradecerse y que obligan a importantes revisiones de actitudes, en relación con temas tales como el de la ideología inspiradora de buena parte de la práctica urbanística, o el de la falsa asimilación de un Estado capitalista a un árbitro racional que sólo persigue conciliar los intereses sociales divergentes, o el de la neutralidad técnica de la gestión urbana, todos ellos referidos a contextos reales concretos.

Dicho todo esto, creo que puedo referirme ahora al libro que estoy prologando, caracterizándolo para orientación del lector, como una exposición sintética, muy bien construida y ordenada, hábilmente presentada en forma elemental y asequible, de toda esa nueva formulación de la teoría marxista de la urbanización capitalista. En él podrá encontrarse una interpretación

*esclarecedora de hechos y procesos confluyentes que conducen irremisiblemente a la actual crisis urbana sin solución, junto con la explicación última de esa situación a través de la contradicción interna e irresoluble del capitalismo.*

*Pero a esta exposición y a estas tesis, aportan los autores de este libro su propia personalidad y actitud política.*

*En forma muy directa, que busca la máxima eficacia, y por ello no se avergüenza de resonancias panfletarias ni oculta su ardorosa beligerancia, el libro va desplegando un implacable examen condenatorio del que nada se salva y del que ninguna esperanza de mejora puede deducirse, mientras subsista la actual forma de organización social y su correspondiente modo de producción. Es más, cualquier intento en este sentido debe ser rechazado, puesto que al no ir a las causas últimas, «el parcheo reformista irá retrasando o desplazando las contradicciones profundas del sistema», según «la práctica burguesa de medicar la ciudad».*

*Se trata, pues, de una actitud radical, que no deja salida para ninguna clase de transacción y que cierra todas las posibilidades de compromiso. Incluso una posible concepción interclassista de los movimientos sociales urbanos, es rechazada por los autores de este libro como riesgo de retroceso en el camino del socialismo y como reflejo de una indeseable renuncia a la dictadura del proletariado, «que hace, de hecho, de la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura, y no de la lucha de clases, el motor de la Historia».*

*Lógicamente, este planteamiento maximalista no puede trascender los límites de la descripción explicativa. El libro se plantea como una facilitación de instrumentos de análisis para ayudar a comprender y desvelar, y en ese sentido*

*puede decirse que cumple satisfactoriamente su objetivo. Lógicamente no hay después propuestas de solución porque se niega previamente la validez de las mismas y la existencia de la solución.*

*La conclusión, implícita pero evidente, es la necesidad de una inmediata salida del sistema capitalista. Cualquier otra cosa, desde el discurso de este libro, habría de ser considerada inútil o contraproducente. Incluso, apurando las cosas más allá de lo que en el libro se hace, pero desde ese mismo discurso, habría de ser cuestionada la validez de los movimientos sociales urbanos, ya que sus logros deberían verse como medicación. Medicación arrancada a la fuerza a la oligarquía, pero, en definitiva, parche reformista para sustento del sistema.*

*Quizá no sea ésta la intención del libro. Quizá su carácter introductorio, dentro de la colección, ha coartado el planteamiento de salidas de la situación a que llega. Pero lo cierto es que, junto al reconocimiento del indudable valor didáctico y clarificador del libro, así como de la validez general del pensamiento que lo sustenta, el final de su lectura me deja flotando en el ánimo unas cuantas dudas, que no sería sincero ni honrado silenciar, respecto a actitudes y juicios demasiado terminantes y, sobre todo, la pregunta que siempre suscitan estos maximalismos: mientras tanto, ¿qué hacer con las ciudades en que vivimos y con los problemas que padecemos?*

Fernando DE TERAN